

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la Biblioteca Popular y Museo de las Familias, y á los por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRÓNICA.

Dos reales al mes.

En Madrid y 20 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la Biblioteca Popular y Museo.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

LA BRETAÑA.

LUCHA ENTRE LAS CASAS DE MONFORTE Y BLOIS.

La lucha entre las dos familias de Monforte y de Blois, constituye la página mas bella de la historia de la Bretaña; y si todos los pueblos están destinados á ofrecer un siglo de heroísmo mas ó menos brillante, en esa época debe colocarse el de la antigua Armórica.

Vamos á trazar con rasgos compendiosos la historia de la Bretaña, provincia que nos presenta el espectáculo de un pueblo pobre, sencillo y con puntas de salvaje, luchando por espacio de once siglos por librarse del yugo de sus vecinos. Estos fueron al principio los francos, conquistadores de la Galla, y mas tarde los bárbaros del Norte, que fueron á establecerse en la desembocadura del Sena. Situada la Bretaña entre estas dos naciones, é invadida por Carlo-Magno, vió como uno de los débiles sucesores de este monarca redió á los normandos los derechos que pretendía tener sobre ella, y luchó por espacio de tres siglos por sacudir el yugo del soberano que la dieron.

Pero al paso que en este pueblo la soberanía confiada primero á uno solo, se debilitó luego por medio de las reparticiones que se hicieron entre varios principes; los duques de Normandía, al contrario, aumentaron sus fuerzas por medio de la conquista de Inglaterra, y la adquisición de varios países del continente. Desde entonces debió formarse naturalmente una alianza entre la Bretaña y la Francia, ambas alarmadas á vista de los progresos de sus ambiciosos vecinos. Pero ni esta identidad de intereses, ni la reunión de fuerzas de ambas potencias, fueron parte á impedir que á mediados del siglo XII se apoderase de la soberanía directa de la Bretaña la casa de Plantagenet, por medio de la segunda rama de esta familia poderosa, dueña á la sazón de Inglaterra, Normandía, Anjou, Poitou y Aquitania.

Sin embargo, la Francia multiplicaba sus esfuerzos para arrojar mas allá de los mares á los extraños que ocupaban todas sus costas occiden-

tales. La Bretaña cedida en otro tiempo á los normandos por los carlovingios, disputáronse el espacio de cien años los capetos y plantagenets. Por fin los reyes de Inglaterra perdieron la Normandía; levantáronse disensiones entre estos y la rama de la misma familia dominante en Bretaña, en medio de cuyas luchas los duques de Bretaña tuvieron que recurrir al apoyo de la Francia; establecieronse varias relaciones de familia por medio de matrimonios entre los reyes de Francia y los referidos duques, hasta que en 1215 una princesa bretona transfirió este principado á una segunda rama de la casa real de Francia. Entonces la Bretaña hubo de sostener su independencia de los ataques de la rama primogénita de los capetos; de suerte que franceses ó ingleses, capetos ó plantagenets, era el destino de los duques de Bretaña estar en continua lucha para sacudir de sí el dominio de los gefes de su propia familia real.

Peró de repente en 1341 se hizo litigioso el derecho de sucesion al ducado: Juan III duque de Bretaña, el primogénito de los tres hijos del duque Arturo II, acababa de morir sin haber tenido prole á pesar de sus tres matrimonios, la sucesion, pues, recaía en uno de sus hermanos ó hijos de estos; pero el que seguía inmediatamente, Gui conde de Pentievré, hacia seis años que habia muerto dejando solo una hija, llamada Juana la Coja, esposa de Carlos de Blois, sobrino del rey de Francia. El tercer hermano, conde de Monforte aun vivia, y pretendía tener mejor derecho á la sucesion que su sobrina Juana; la que por su parte creía poder escluir á su tío.

Apenas Juan de Monforte tuvo noticia de la muerte de su hermano, apresuróse á tomar posesion de la herencia: fué á toda prisa á Nantes en compañía de su esposa Juana de Flandes; y la mayor parte de los obispos y señores, ciudadanos y labradores fueron á recibirle y le aclamaron duque de Bretaña en medio de la mayor alegría y entusiasmo.

Carlos de Blois lejos de adoptar la misma actividad, no hizo mas que apelar al juicio de Felipe Valois, su tío y protector natural. El rey de Francia convocó un tribunal compuesto de pares y grandes del reino; y citado Juan de Monforte,

compareció á su presencia acompañado de cuatrocientos caballeros; pronunció bellos discursos para probar y demostrar la incapacidad de las mugeres de gobernar á hombres; y apeló al testimonio y autoridad de Moisés, de los apóstoles y filósofos. «Tenemos, exclamaba, el ejemplo de la bendita Virgen María que no sucedió á Dios en el gobierno temporal ni espiritual, y es claro que las mugeres no pueden suceder en el destino de honor de pares, por cuanto estos son consejeros de los reyes y en el acto de la coronación deben requerir la espada; ¿y qué fuera en efecto si llegasen á ser mugeres todos los pares? Este raciocinio tanto como era convincente, no pudo mudar la opinión de Felipe de Valois, quien sentenció que la Bretaña pertenecía de derecho á Carlos de Blois, y para apoyar esta sentencia púsose en marcha un ejército numeroso, compuesto de 5000 armaduras de hierro, 5000 infantes ginebreses, y un buen número de arqueros.

Este ejército fué á poner sitio á Nantes donde se hallaba Juan de Monforte. El primer acto de hostilidad consistió en arrojar á la ciudad treinta cabezas de caballeros bretones que prendieron con las armas en la mano. Una manifestación tan atroz difundió el horror y la intimidación entre los ciudadanos, y renunciaron á la defensa de la plaza. Juan de Monforte fué hecho prisionero, conducido á París y encerrado en la torre del Louvre. Con esto parecía haber terminado la guerra: Monforte solo dejaba en Bretaña un niño de tres años y una esposa jóven que creían incapaz de tomar la defensa de los derechos é intereses de su casa; pues no se le conocía aun uno de esos caracteres intrépidos que desafían á la adversidad y arrastran hácia sí la fortuna.

Juana de Flandes se hallaba en Beunes cuando supo la prision de su esposo; y lejos de abandonar una causa al parecer desesperada, reunió el valor de sus partidarios: «Señores, dijoles: no os amilaneis por haber perdido á monseñor mi esposo: al cabo hemos perdido á un hombre. Ved ahí á este niño, el cual, con el favor de Dios, será su vengador y nuestro bienhechor.» Al instante levantó tropas, y se hizo muchos partidarios y apoyos, ora con sus palabras, ora con sus promesas, ora con sus dones. Apeló á la Inglaterra, ciñó la espada y el casco, atravesó varias veces el mar, combatió en ambos elementos, y sostuvo los derechos de su esposo, cuando el francés creyó no faltarle mas que recoger los despojos del vencido. Pero donde desplegó todo su valor esta heroína fué en la defensa de Hannebond. Era este uno de los castillos mas fuertes de la Bretaña; y era un objeto capaz de exaltar el denuedo de la guarnición una muger radiante de juventud, de hermosura y de valor, recorriendo continuamente las murallas y entusiasmando á los defensores. Montaba un atroz y elegante corcel, diez Froissard, y recorría las calles de la ciudad arregando á sus tropas; y á su ejemplo las señoras, desbucian las cotañas, lleva-

ban piedras á las almenas para arrojarlas al enemigo, y también bombardas y poberos llenos de cal viva. La condesa de Monforte valia tanto como un hombre, pues tenía un corazón de león, y llevaba en la mano una cortante echilla con que valerosamente combatía.

Cierta dia durante el asalto, que continuaba hacia mas de diez horas, vió la condesa de Monforte desde una torreilla en lo alto del fuerte, que el campo enemigo estaba mal guardado. Desde luego al frente de trescientos caballeros salió por una puerta del lado opuesto al atacado, se arrojó al campo enemigo sembrando en él el desorden y confusión; incendió las tiendas y obligó al enemigo á abandonar el asalto: hallandose no obstante separada de la ciudad por todo el ejército sitiador, alejóse llevando en su persecución una numerosa caballería. Divagó por los campos por espacio de cinco dias con sus noches, y el sexto penetró en Hannebond á vista de todo el ejército enemigo asombrado de tanto valor y fortuna. Grande fué el entusiasmo de los suyos á la inesperada vuelta de su princesa que creían muerta ó prisionera; y ella correspondió con marcadas muestras de benevolencia y afecto á todos aquellos valientes. El interés de la Bretaña dirigióse en favor de Juan de Monforte, no solo por la grande alma de su esposa, sino porque era el ídolo de todo la provincia que atacaba en sus hogares una fuerza estrana, y por lo mismo hallaba muy justa la resistencia. El heroísmo de una muger arrojó su espada y su influencia en la balanza, y llamó todos los votos en favor del partido nacional.

Juan de Monforte hallábase en su prision, y aunque hubiera podido recobrar la libertad renunciando á sus derechos sobre la Bretaña, negóse constantemente con valor á tal demanda. Pero á poco supose que habia hallado medio de escapar de su encierro en el Louvre, que llegó á las costas de Inglaterra y que volvía al continente con un buen refuerzo de tropas. En efecto, desembarcó en Hannebond, y púsose al frente de sus partidarios, pero la muerte le acometió en breve; espiró en brazos de su valiente esposa que defendió los derechos de su hijo de menor edad, lo mismo que defendiera los de su esposo prisionero.

Después de veinte años de encarnizada lucha la condesa de Monforte vió el triunfo de su causa: la batalla de Auray, que costó la libertad á Duquesclia y la vida á Carlos de Blois, puso el poder en manos del jóven Juan de Monforte, quien dió gracias á Dios diciendo que á no haber sido muerto Carlos de Blois, no le hubiera sido posible gozar de la herencia de Bretaña.

Cien años mas tarde la nacionalidad bretona quedó confundida con la vasta monarquía francesa, por el enlace de Ana de Bretaña heredera del ducado, con el rey Carlos VII, y á la muerte de este, con Luis XII su sucesor, que unió irrevocablemente esta provincia á la corona de Francia.

LOS CARABINEROS.

La creacion de los cuerpos de carabineros en Francia, no remonta mas que al reinado de Luis XIV. Algunos historiadores contemporáneos han creido por la analogia, que existe entre las palabras *carabina* y *carabineros*, que traia su origen esta de aquella; pero es un error que está ya suficientemente aclarado.

Los primeros carabineros deben su institucion á la de granadero; los felices resultados que habian producido en la infanteria: aquella reunion de hombres escogidos, hizo esperar que surtiesen los mismos efectos en la caballeria. Desde el año 1676 Luis XIV proveyó de carabinas á los cuatro soldados de caballeria mas antiguos en cada compañía. Mas tarde se aumentó el número de estos que fueron escogidos de entre los mejores tiradores, y que recibian por esta circunstancia un prest mas considerable. A principios de la campaña de Flandes en 1690, reunió el general Luxemburgo todos los carabineros de todos los regimientos, y los hizo pelear separadamente y formando un solo cuerpo. Su distinguido comportamiento hizo que se crease una compañía en cada cuerpo. La poca uniformidad que resultaba en el conjunto de todos, como pertenecientes á cuerpos que vestian diferentes uniformes, hizo que se pensase en crear cuerpos de carabineros completos é independientes de los de-

mas. La batalla de Nerwinda en 1693, añadió á aquellas compañías nuevos títulos de gloria, y fué lo que decidió á reunirles á todos bajo un mismo estandarte. Entonces, pues, se formaron cinco brigada de las cien compañías que existian; cada brigada se componia de cuatro escuadrones; cada escuadron de cuatro compañías, y cada una de estas de treinta hombres. Se dió á estos regimientos un uniforme rico y ostentoso como el que representa nuestro grabado, y se proveyó de dos estandartes para cada escuadron.

Mas despues las ordenanzas de 1701 prevenian que los gefes, oficiales, sargentos y soldados, fuesen escogidos de entre los demas de los regimientos de caballeria, lo que contribuia á que fuesen estos cuerpos los mas brillantes del ejército francés.

En su origen los carabineros peleaban como los dragones á pie y á caballo; formaban las cabezas de las columnas y alternaban el servicio en los sitios de las plazas con las compañías de granaderos. Primeramente usaban solo carabina; pero mas tarde la naturaleza del servicio que prestaban, en que muchas veces combatian como la infanteria, hizo indispensable el armarlos con fusil y bayoneta. Ultimamente ya en este siglo hacen el servicio nada mas que como tropa de caballeria escogida, y están equipados con casco y coraza dorada, para distinguirlos de los cuerpos de coraceros; pero su equipo y armamento, en todo lo restante, no varia un apice del que tenia en nuestro país el distinguido y brillante cuerpo de coraceros de la guardia real.



Carabiniere de 1694.

POR UN BUFALO.

I.

En 1528 triscaban jugando alegremente varios niños en la plaza de la aldea de la Mote-Broon, cuando se vieron interrumpidos por un grito:

Cuidado, paso al malo! lanzado por uno de ellos que echó á correr con toda la ligereza de que eran susceptibles sus piernas. Sus camaradas le imitaron, y en un instante desocuparon la plaza, quedando por dueño de ella un muchacho de catorce años que llegaba á este tiempo.

Al considerar el miedo que inspiraba á aquellos niños su presencia, entreabrió sus labios una sonrisa de satisfacción y lanzó el palo que llevaba en la mano con una destreza poco común, á las piernas de los mas perezosos en huir.

—Como me temen! exclamó sentándose sobre la yerba de que estaba alfombrado el suelo; pero pasado un rato sin hacer nada, fuese apoderando de su ánimo el aburrimiento que á tan pocos años produce la soledad, y comenzó á bostezar de una manera desusada; menester es decir que sus espezamientos y bostezos aumentaban su ya considerable fealdad; porque era pequeño de estatura, espaldas anchas, cabeza monstruosa y tenía los ojos pequeñitos y hundidos, aunque vivos y centelleantes. El desórden de sus vestidos no prevenia tampoco mucho en su favor, porque en lo destrozados y en las manchas de sangre y lodo que los cubrian, probaban los gustos y costumbres de su dueño, poco pacíficas y dignas de alabanza.

Después de estirarse tres ó cuatro veces, se levantó bruscamente y echó una mirada en su derredor, como buscando un objeto que poder hacer blanco de sus depravadas intenciones; no vió nada, pero oyó un rugido extraordinario que le produjo al pronto un estremecimiento. Arrepentido de aquel instintivo movimiento de temor se incorporó, y dando algunos pasos hacia donde había partido aquel ruido, descubrió al través de unas yerbas altas, la cabeza enorme de un búfalo que fijaba sus imponentes miradas en su persona.

No obstante sus naturales agresivos impulsos, sintió por esta vez en el fondo de su corazón el deseo de pasar de largo y dejar reposar tranquilamente al gigantesco animal, que estaba echado frente de él; pero apenas hubo andado algunos pasos, cuando avergonzado de su debilidad, volvió repentina y precipitadamente, y cogiendo del suelo una piedra la lanzó al búfalo.

El animal oyó sibilar el proyectil por muy cerca de sus orejas; pero se contentó con sacudir perezosamente la cabeza.

Su apatía envaletonó al muchacho.

—Ah! ah! dijo, parece que no te gustan mucho las piedras de Beltran, que te hacen sacudir las

orejas! ahora verás como las sacudes mas de prisa, añadió haciendo provision de piedras con que llenaba sus bolsillos. En seguida comenzó á apedrearle con tan buen tino, que ninguna desperdió el golpe. El poderoso animal se levantó con trabajo y miraba fijamente á su enemigo, cuando vino á darle una en un ojo; entonces estirando su cabeza y lanzando un rugido de dolor, embistió al muchacho que por su parte echó á correr cuanto podia, mas no tanto que dejase el búfalo de alcanzarlo y de darle una cornada que lo hirió y estropeó gravemente.

Sin duda esta hubiera sido la última de sus hazañas, porque hubiera perecido pateado por el furioso animal, sin el auxilio de un joven arrendatario testigo de esta escena, y que acudió en su socorro hiriendo por detras á la fiera con una horquilla que tenía en la mano. El búfalo se revolvió y abandonó á Beltran, para acometer á su nuevo enemigo; pero aquel intrépido é irritado con los dolores de su herida, apenas de pié corrió en ayuda del que tan valerosa y oportunamente le había socorrido; cogió una cuerda que casualmente halló cerca de sí, y echándola diestramente á las patas del búfalo, consiguió tumbarlo y hacerse dueño de él con auxilio de otras gentes que llegaron, astraídos por el peligro en que habían contemplado á los dos jóvenes.

Cubierto de sangre y de polva, se dirigió Beltran hacia el joven arrendador que le había salvado del furor de la fiera, y tomándole la mano, le dijo:

—Gracias, Santiago Pingaster, gracias; mi reconocimiento hacia ti es hoy tanto mas grande cuanto que yo nunca te he hecho sino mal. Tu has castigado mis maldades con un beneficio; pero yo te juro por lo mas sagrado, que deseo probarte que sea quien quiera, como quiera y donde quiera, me encontrarás dispuesto á emprender por tí todo lo hacedero, bien entendido sea justo y leal.

II.

Cinco años pasaron de este suceso. Cinco años! Cuantos acontecimientos pueden en este espacio de tiempo, á la vez tan largo y tan corto, ocurrir en la existencia de un hombre! Cinco años habian pasado y la Bretaña de rica y tranquila que era se habia convertido en teatro de guerra civil; Juan de Nonforte y Carlos de Blois se disputaban este desventurado pais, y sus habitantes ó mas bien sus señores, tomando partido por uno ó por otro de los pretendientes, se entregaban á los azares de los combates y desolaban todo, porque la guerra que se hacian era guerra de esterminio. Las tierras quedaban incultas, porque decian los labradores: ¿á qué labrar las tierras si los soldados con los pies de sus caballos han de inutilizar el esfuerzo de nuestros brazos? ¿á qué sembrar, para que las espigas sean pasto de los caballos? Nunca se habia conocido en la Bretaña una miseria tan

espantosa, como la que les aflagió en aquella época. La mayor calamidad que pueda abrumar á un país, dice un historiador, es tener á un tiempo dos reyes y esto precisamente sucedió á la Bretaña.

A este tiempo Santiago Plugastec, casado hacia tres años, habitaba en la castellania de Fugeray y era uno de los colonos mas laboriosos, aunque tambien de los mas perjudicados por la guerra; y Beltran, aquel muchacho pendenciero y temido, se habia convertido en un caballero, aunque jóven, distinguido ya por su valor, y que como él, de sí mismo decía: «soy harto feo y brusco para granjearme el afecto y las atenciones de las damas; pero en cambio infundo pavora á mis enemigos.»

Encargado Beltran de acompañar á Inglaterra á los dos hijos de Carlos de Blois que debían quedar en rehenes de su padre, mientras venia á Francia y Bretaña á convenir en los ajustes de una transacción; se adquirió en el desempeño de sus importantes funciones los elogios y la estimacion de la corte de Inglaterra. No fué su porte menos brillante en los torneos, y cuando regresó á Bretaña ya estaba considerado como un caballero renombrado.

Apenas llegó á los sitios de la contienda, supo que las tropas de Carlos se habían apoderado del castillo de Fugeray.

—Tres días hace que son dueños de él, dijo, dejémosles por hoy tranquilos; hagan su sopa mañana, que nosotros iremos á comersela. Hay aquí de entre vosotros, contra hombres decididos y resueltos á emprender conmigo una sorpresa arriesgada?

Todos los que le escuchaban se levantaron á un tiempo.

—Bien! dijo, por nuestra señora, os prometo que iremos todos. En seguida dió á cada uno sus instrucciones, y tres horas despues de anochecido se hallaban cuatro hombres disfrazados de leñadores al pié de los muros de Fugeray.

—Hola! he! gritaban al centinela, bajad el rastro, que están aquí dos carretas de leña muy buena para calentarse en el invierno, y que deben haceros falta, porque el señor de Craon que os manda, nos ha enviado un escudero con orden de cortarla y conducirla sobre la marcha.

El centinela llamó á otro de los hombres de armas, para que le ayudasen á echar el rastro.

Entonces los leñadores avanzaron con sus carros; mas apenas habían llegado á la mitad del puente, cuando se rompió la rueda de uno de los carros.

—El diablo se lleve las que te gruñen condenado; buenos estamos ahora; en un cuarto de hora á lo menos no podremos cerrar este boquete.

—Y aun cuando alguno lo cerrara, no serias tú por vida mia el que tal culdado te quitara el sueño; replicó uno de los leñadores hundiendo su daga en el seno del hombre de armas, que cayó sin proferir un ay!

Uno de sus compañeros lanzó un agudo silbido

que era la señal convenida para que acudiesen doscientos hombres que estaban emboscados en un monte inmediato. y un cuarto de hora despues segun habia prometido el caballero Beltran, corrieron sus soldados la sopa que estaba preparada en el castillo de Fugeray para los hombres de armas del conde de Montfort.

Despues de cenar quiso Beltran revistar los prisioneros para despachar á las gentes de mas condicion, y no guardar mas que los que pudieran pagarle rescate. Entre los prisioneros que se presentaron estaba Santiago Plugastec, y apenas lo hubo divisado le llamó el primero.

—Santiago obedeció temblando y con la vista fija en el caballero, á quien el transcurso de cinco años, la barba, su madurez y mas que todo el miedo no le permitieron reconocerle.

—Escucha, le dijo, voy á pronunciar la suerte que te espera.

Santiago creyó que iba á pronunciar su sentencia de muerte.

—Escucha. Te regalo la mas bella posesion de la castellania de Fugeray y con ella cincuenta bueyes y vacas que escogeras á tu gusto, y cien fanegas de tierra de labor; esto aparte de que haré grabar sobre la puerta de tu casa en letras gordas, ademas de mi escudo, la siguiente inscripcion:

BAJO EL AMPARO Y PROTECCION
DEL CABALLERO
BELTRAN DUGUESCLIN.

Y cuenta, con el que se atreva á molestarte, porque juro por nuestra santa patrona, que se ha de arrepentir.

Santiago miraba al caballero con un asombro que participaba ya de estupidez; creia estar soñando.

—No te acuerdas ya, continuó el caballero, de un chiquillo mal criado, que mataba tus gallinas, te robaba las frutas de los árboles y que maltrataba tus búfalos? No te acuerdas que en vez de ir á quejarte á su madre, te limitabas á decir: estas son niñadas que le cobará el tiempo? No te acuerdas tampoco del que sin tu arrojó hubiera perecido bajo las patas del búfalo mas enorme que se ha visto jamas? Pues aquel te prometió ser el amparo de tus necesidades, y la ocasion de cumplir su promesa ha llegado; sé, pues, rico y feliz y si alguno te molesta o atenta á tus propiedades, dile: cuenta con el caballero Beltran Duguesclin, y acude á buscarme.

III.

En 1359 Duguesclin defendía á Dinan sitiado por el duque de Lancaster; segun las costumbres de la época se habían convenido sitiados y sitiadores en suspender las hostilidades, acordando una

tregua que tenía por objeto descansar, para reparar los combatientes su fuerzas, y para que pudiesen ocuparse de sus mas importantes negocios. Los soldados de los dos campos se adiestraban en los ratos de ocio en el manejo de sus armas mientras llegaba la hora de esgrimir las en propia defensa y no como distraccion. Duguesclin no era el último que gustaba participar de estos belicosos recreos.

Un día que salió á dar un paseo á caballo acompañado de sus escuderos y hombres de armas, vino á arrojarse á sus pies un prisionero pálido y cargado de cadenas y gritando, gracia, socorro. El caballero reconoció en la voz de este hombre la del su protegido Santiago Plugastec.

—Monsieur, esclamo; compadecéos de mí; han asesinado á mi muger, á mis hijos, han quemado mi casa y me han dicho: nosotros te haremos sufrir tanto, cuanto que ademas de ser nuestro enemigo, eres el protegido de Beltran Duguesclin.

—Y quien te ha tratado de esa manera?

—Sir Tomás Cantorbery y sus gentes.

—Ah! sir Tomás Cantorbery, replicó el caballero sin conmoverse aparentemente; ya tengo que ajustarle tambien una cuenta por haber intentado coger prisionero á mi hermano el mas pequeño, apesar de la tregua acordada; ahora veremos si es hombre que sostiene lo que dice.

Hablando así volvió el caballo hacia la tienda del duque de Lancastre en la que estaba tambien el joven que lo es de Monforte.

—Monsieur, dijo; dispuesto teníamos, distraernos con los juegos de un torneo; pero yo vengo á proponeros un duelo, un combate á muerte por dos insultos que he recibido de sir Tomás Cantorbery.

Hace ocho dias que hizo prisionero á mi hermano con mengua de la fé convenida en la suspension de armas, pero me hicisteis justicia y accedí á vuestro deseo de que no se verificara el combate. Hoy he sabido que un honrado labrador que guardaba mi proteccion, ha sido á despecho de la tregua, robado, incendiada su casa, sacrificados sus hijos y encadenado como prisionero. Este es el proceder es el de Tomás Cantorbery yo le arrojo el guante y que sea Dios en ayuda del mejor derecho.

El duque de Monforte y el de Lancastre accedieron á la solicitud de Duguesclin y designaron aquel instante para el combate.

Se dirigieron todos, pues, al palenque preparado para el torneo, donde se hallaba reunida la nobleza de ambos partidos. Un heraldo publicó en alta voz que monseñor Beltran Duguesclin, retaba sin escusa y á muerte á sir Tomás Cantorbery, y un momento despues pareció este en la arena, y los padrinos y el señor del campo gritaron, *pariód*.

El primer encuentro fué violento y rompieron mutuamente sus lanzas en sus petos; en seguida ambos caballeros con la velocidad del rayo echa-

ron pie á tierra, y con el hacha en una mano y la daga en la otra, comenzaron un combate prolongado y terrible; porque los dos paladines mostraban la misma destreza y ardor.

Tomás de Cantorbery sacudió en la cabeza de su rival un baczazo tan furibundo, que derribó su casco hecho pedazos, dejándole desnuda la frente.

En tanto Santiago Plugastec que impetraba el auxilio de la providencia para su protector, pensó desfallecer por crearle con aquel golpe mal parado; pronto recobró aliento al ver que Duguesclin irritado con el golpe que habia recibido, se lanzó sobre su adversario y clavando el filo de su hacha en la visera del casco de Cantorbery, lo derribó al suelo y le pone el pié en el pecho, exclamando:

—Ah! sir Tomás Cantorbery, me habeis atentado, á lo mas sagrado, á lo que se recomendaba á la lealtad misma de sus enemigos; y ahora ya os doy á conocer á todos, como un traidor, malsin y cobarde, dispuesto á combatir contra los niños y vasallos indefensos.

Mientras tanto Cantorbery iba á parecer ahogado bajo la aplastada visera de su celada, y los heraldos se dirigieron en su ayuda, para desembarazarle de ella; pero Duguesclin gritó con voz de trueno:

—Fuera todos; nadie se acerque; solo el ultrajado puede hacer merced de la vida.

Hola, mi buen Santiago, acércate para disponer de la vida de este caballero, que ha menospreciado la tregua y durante ella ha matado á tu muger y tus hijos, incendiado tu cabaña y traidote prisionero y cargado de cadenas. Toma mi daga y dale el golpe de gracia, ó imponde el rescate que te acomodare, que juro por nuestra santa patrona te lo ha de satisfacer.

—Solo su sangre, podria satisfacer la que ha vertido de mi muger y mis hijos; pero puesto que la suya no puede restituir el aliento de los que la perdieron por su mano, le hago merced de la vida para que los manes de sus victimas le sigan por do quiera que se oulte, respondió Santiago Plugastec con acento esforzado.

Levantaron en seguida al mal ferido caballero, y entre los gritos y los insultos de los espectadores, se alzó una voz, la del duque de Lancastre, que le intimó orden de salir al punto de la liza y tomar el camino de Inglaterra. En seguida mandó reconstruir la casa de Santiago á costa de Sir Tomás, y ordenó á sus tropas la respetasen siempre, fueran los que quisieran los sucesos de la guerra.

La casa del honrado Plugastec, subsistió hasta dos siglos despues de la muerte del caballero Duguesclin, con esta inscripcion en inglés, francés y breton:

BAJO EL AMPARO Y PROTECCION
DEL CABALLERO
BELTRAN DUGUESCLIN.



Vista tomada en la isla de Sumatra.

LA ISLA DE SUMATRA.

Sumatra, esa grande isla del archipiélago asiático, separada de Java por el estrecho de la Sonda, es uno de los países mas dignos de estudiarse con respecto á sus costumbres, comercio é historia natural. Abraza una estension de trescientas cincuenta leguas sobre cincuentay cinco poco mas ó menos.

El ecuador la divide oblicuamente en dos mitades; no obstante, gracias á los aires frescos y á las montañas, es su clima mas templado que el de muchas regiones situadas mas allá de los trópicos.

Ha sido en todos tiempos célebre la isla de Sumatra por la abundancia de oro que produce, y ese

manantial de rentas está muy lejos de haber sido explotado con toda la utilidad de que es susceptible en manos de hábiles ingenieros. Su riqueza se aumenta con las minas de cobre, hierro y estaño; el azufre se encuentra en grandes masas junto á los volcanes de la isla, y el salitre, sustancia tan preciosa para la guerra y las artes, es en ella muy abundante. Estráese esta sal del fondo de inmensas cavernas, que desde muchos siglos son el refugio de los murciélagos y otras aves. El estiércol de estos animales forma en el suelo una densa capa, y produce, como en Francia en los sitios cercanos á las caballerizas y establos una abundante cantidad de salitre (1).

(1) Con esta ocasion recordamos á nuestros lectores que la presencia de materias animales no es necesaria para la formación del salitre, como aseguran todavia muchos sá-

En algunos puntos de la isla hay tal fertilidad y una vejetacion tan frondosa, que basta abandonar el campo mejor desmontado por solo una estacion, para verlo cubierto de espesos arbutos capaces de dar abrigo á las fieras.

Imposible fuera conmenrar el sin número de producciones vegetales propias de aquel suelo; pero entre estas cuéntase el *Caut Chou* ó el árbol que dá la goma elástica, los añilas y otros preciosos árboles de abundantes y sabrosos frutos, que entre nosotros no tienen nombre vulgar. Los hay que producen el alcanfor de calidad muy superior á los que á él se acercan; pues no solo se ven hombres que se sientan á su sombra, sino pájaros que saltan entre sus ramas.

Los animales silvestres y aves domésticas de Sumatra son los mismos que en todo el Oriente, el búfalo sustituye al buey en la labranza. Los tigres son enormes, y se alimentan con los infinitos monos que pululan en los bosques de Sumatra. Hay tambien muchos elefantes, y hasta rinocerontes é hipopótamos; abundan en estremo las serpientes de toda especie, bien que en su mayor parte son inofensivas y se alimentan de las ranas que hormigüean en los pantanos. Finalmente hállase en sus aguas el *dingong*, grande animal del orden de los mamíferos, con dos aletas pectorales, el único que se conoce que padece sin pies en el fondo de las aguas. No hablamos de la mosca luciérnaga que despide una luz tan viva, que con ella sola se puede leer, ni de las hormigas rojas tan notables por su tictica y furor en los combates.

Hace mucho tiempo que los habitantes de Sumatra son muy hábiles en la fabricacion de objetos de filigrana de oro y plata, y lo mas particular es que emplean para ello muy groseros instrumentos.

La industria por lo demas está en grande atraso, los habitantes saben el arte de herrero, arte que precede y sirve á tantos otros. La pintura y escultura son desconocidas, y los únicos escultores que ha habido solo han hecho objetos grotescos, sin mas mérito que el ser señales de alguna fuerza de imaginacion.

Los malayos dominan en una parte de la isla. En general la forma del gobierno participa del régimen feudal y de la autoridad patriarcal, aunque se resiente del influjo de los europeos que de hecho ejercen allí su soberanía con ventaja de los indígenas. La compañía inglesa que se aprovecha de las indias orientales, mantuvo por mucho tiempo la paz en la parte que mas le interesaba. La Gran Bretaña hácia el año 1805 cedió sus posesiones de

aquel punto al rey de los Países Bajos en cambio de algunos establecimientos holandeses del continente de la India.

ANDALUZADA.

Un jaqueton andaluz estaba mirando impaciente como trataban de poner las herraduras á su caballo, el que de puro esquivo é indómito, no se dejaba sujetar. Enfadado el andaluz con tanta tardanza, increpó á los que manejan el caballo, asegurando que el solo bastaba para sujetarle. Dejaronle ellos que hiciese la prueba; mas apenas nuestro hombre se agarró á una pata del caballo, cuando este le descargó tan fuerte coz, que le despidió largo trecho, yendo á dar con las espaldas en el suelo.

El caballo viéndose libre de toda sujecion, partió á galope por los campos, y su amo, levantándose como pudo, empezó á mirar atentamente al suelo, registrando por todos lados. Alóntos los que lo miraban, al ver su sangre fria, le preguntaron que buscaba, á lo que él respondió muy colérico:

—Qué hé de buscar; vive Cristo!... busco la pata del jaco. Pues qué, ¿no me la traje conmigo?



ANUNCIO.

Con el presente número de la **Crónica** repartimos hoy en Madrid y provincias, el prospecto de la **España Geográfica, Histórica, estadística y pintoresca**; sobre cuya importante publicacion llamamos la atencion de nuestros lectores.

Segun tenemos anunciado se han concluido de repartir el tomo segundo y último de las **Obras festivas de Queredo**, y el primero de la **Historia de la revolucion francesa por Thiers**; los que no lo hubiesen recibido y lo querran, se servirán avisar para enviárselo. Están en prensa y se repartirán muy en breve el tomo segundo de la **Revolucion** que hace 57 pliegos, y el primero de de los **Misterios de Paris** que hace 55; suplicamos á los señores corresponsales que no hayan remitido las listas de pedidos, lo verifiquen al punto para que no sufran retraso las remesas,

bios. El célebre químico Mr. Longéchan que hizo de este objeto un estudio especial, establece que el gas que llaman azòx y que entra en la composicion del aire atmosférico, pudiera sacarse del mismo aire en las fábricas del salitre.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,
DE DON FRANCISCO DE P. M. - EDITOR,
calle del Sordo, núm. 41.